

Carlos Mario Perea

*Porque la sangre es espíritu*

Santafé de Bogotá, Aguilar - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, 1996

“Si este trabajo lograra poner en circulación una palabra que ayudara a la resimbolización de la muerte en este país, ya se habría hecho demasiado”. Con estas palabras concluye la introducción a su excelente trabajo, Carlos Mario Perea. En efecto, el problema de las mediaciones simbólicas en un país sitiado por la guerra adquiere una enorme relevancia. La pregunta por esa práctica de muerte que parece aniquilar todas las mediaciones de la cultura (p. 17) sigue sin responderse y obliga a ocuparse de una reflexión sobre la capacidad mediadora de los símbolos en un país donde, como lo señala el autor, “el lugar simbólico de la violencia es otro. Ella no se entierra, no se recicla sino que permanece hasta los días presentes cimentando el orden político” (p. 113).

El trabajo aborda el análisis de la violencia de los años cincuenta desde una dimensión bastante novedosa: la de los imaginarios políticos, que han estado

relegados en los análisis sobre el tema y que exigen el paso ya dado por la historia de las mentalidades. El gran salto de lo económico a lo mental que ellos designan como el paso del *sótano* al granero (M. Vovelle) y que invita a caminar -en este escabroso terreno de la viplencia- por los senderos de lo mental colectivo.

Con todo y remitirse a un periodo histórico concreto, 1942-1949, y a un tema específico: el imaginario político de las élites capitalinas, el libro abre numerosos caminos a la indagación por la violencia colombiana, tanto la de los años cincuenta como la actual. Frente a la violencia de mediados del siglo XX, al cuestionar, de una manera por lo demás muy fina, muchos de los implícitos sobre los cuales ella ha sido abordada en el país. Independientemente de que se esté o no de acuerdo con sus apreciaciones sobre la Violencia, se necesita ser osado para cuestionar desde los trabajos de D. Pécaut hasta los de numerosos

## LIBROS

---

*violentólogos* muy reconocidos en este terreno. La osadía mayor está, justamente, en incursionar en otros terrenos para pensar el problema de la violencia. Ante el agotamiento de los análisis “tradicionales”, la reflexión sobre la violencia estaba en mora de abrir vías más creativas y más imaginativas para pensarla, pero con el libro del profesor Perea, se abre ese camino.

Logra poner en cuestión ideas como el anticlericalismo de los liberales o la poca diferenciación entre éstos y los conservadores en lo que hace a su sustrato cultural. Las colectividades políticas no son dos subculturas. Al contrario, hacen parte de una misma cultura política desde la cual, según el autor, ambas participan de los mismos lugares de producción del sentido de lo político (p.22).

Sus apreciaciones son tan sugerentes que, para avanzar en el análisis, es preciso reinterrrogar ese período histórico desde otras coordenadas. En este sentido, el trabajo abre también caminos frente al análisis de la violencia actual porque, como bien lo señala Luis Alberto Restrepo en el prólogo, “Del desciframiento de aquella época deben desprenderse, pues, señales decisivas sobre el origen de los males que agobian a Colombia”. El libro deja planteadas inquietudes, vías de análisis para problemas no resueltos hasta el momento y abre caminos también porque muy probablemente -en el nivel de la cultura política y de las mentalidades- muchos de los componentes de los años cuarenta siguen teniendo vigencia.

Al contemplar la resignación y el fatalismo con los que se asumen los hechos

de violencia, o la sacralización de la guerra, uno podría preguntarse si, efectivamente, ha desaparecido el imaginario religioso de la sociedad actual. Leyendo algunos teóricos del hecho religioso, parece pertinente interrogarse si pese al discurso “laicicizado” no subsisten, todavía hoy, muchos componentes de naturaleza religiosa. O preguntarse qué tanto de esa *pertenencia primordial*, de esa memoria guerrera tan celebrada, de ese *llamado de la sangre* ha desaparecido en el imaginario político de los colombianos.

Otro punto importante en el libro es el espacio que da a la cultura en la vida social y política del país, logrando conclusiones bastante sugerentes. Siguiendo a C. Geertz, el autor incursiona en esa *visión menos estetizante de la cultura* y muestra que ésta es, mas bien, “la trama de símbolos con la que actúan significativamente los grupos humanos” (p.17). Esta perspectiva cultural le permite incursionar en el análisis de “los nexos entre símbolo y política” (p.17) o, en otras palabras, en los modos de operación simbólica de la política. Dice el autor: abordar la cultura política es dar cuenta de los capitales simbólicos que rigieron la escena política en esa década (...) entrelazar el poder menos con las estrategias racionales de los actores y más con los mundos de vida desde los que los miembros de un grupo construyen sus sentidos e identidades (p.18).

El trabajo está dividido en cinco partes: La primera está dedicada a mostrar lo que el autor designa como la *mimesis partidaria* y que ilustra, bastante bien,

a partir de tres dimensiones fundamentales: la cuestión religiosa, el problema social y el tema económico. De la segunda a la cuarta parte, el trabajo pone en escena la contextura de los códigos imaginarios (p.23): el religioso, el de la sangre y, finalmente, el de la ciudadanía segmentada. Estas tres partes son ricas en apreciaciones que cuestionan o, al menos, obligan a repensar la historiografía colombiana en muchos puntos: ¿tradición/modernidad? ¿Avance progresivo y firme hacia la modernidad? ¿Construcción de ciudadanía como expresión de modernidad política?

A diferencia de la mayoría de los autores, Perea sostiene que, en vez de una avance lineal y progresivo de la política colombiana hacia la modernidad, “la vida política de los años 40, por el contrario, encuentra sus *formas determinantes de desciframiento en un orden de significación distinto al de la modernidad política*” (p.18). En este orden, pese a la invocación a referentes modernos, el llamado a la modernidad es *resignificado desde la invocación a un espíritu esencial, codificado en la sangre, en los vínculos primordiales* (p.18, cursiva agregada). Reconociendo que lo tradicional ha tenido presencia en el análisis de algunos autores, lo que marca la diferencia en este texto es el rigor con el que demuestra el contenido mismo de los componentes de ese orden de significación. Por ejemplo, los contenidos de los códigos imaginarios que subyacen al discurso. Igual sucede con el problema de la ciudadanía. En términos del autor, esta aparece como

ciudadanía segmentada. Al respecto dice: “La ciudadanía queda establecida pero al modo de un ciudadano que se mueve agónicamente entre el actor civil artífice de la Nación y el *adherente ciego a la colectividad partidaria*” (p.156, cursiva agregada).

La quinta parte muestra, a diferencia de algunos analistas, cómo el discurso bipartidista, más que un papel encubridor en el enfrentamiento, tenía una enorme eficacia en el nivel de la vida cotidiana, de las relaciones sociales. Todas las instancias de socialización, empezando por la familia -cuna de las identidades colectivas-, estaban teñidas de los colores partidistas. A su vez, el espacio de lo público, la política, se vivió con la lógica de lo privado: “Las colectividades han ingresado al código de funcionamiento de lo íntimo invadiendo las matrices del universo emocional” (p.179); podríamos decir, desde los amores y los odios ancestrales, desde la sangre. Lo político fue vivido en el sentido patrimonial como una “herencia” (p.179), “lo político queda así regido bajo el registro de la herencia incuestionada y el afecto arrasador, dos códigos opuestos a la lógica que rige la modernidad en sus relaciones con el poder” (p.178).

Vale la pena destacar, también, las apreciaciones sobre la incidencia de la simbólica partidista en la cultura colombiana: la censura de libros, las disputas por el control del aparato educativo, el rechazo a los discursos diferentes, la vigilancia sobre el arte. Así “La producción y circulación cultural cae bajo la tutela despótica de la simbólica

partidaria (p.181) que va a invadir también numerosos comportamientos en la vida cotidiana. Esta apreciación le permite concluir, muy sugerentemente, que "Ante una herencia política que se impone a modo de código religioso agenciado en la sangre, resulta imposible la configuración de una ética civil fundada en el horizonte de unos intereses ciudadanos genéricos" (p.182).

El último capítulo, sin duda bastante polémico, presenta, a través de una lectura sistemática de *Jornada*-el diario gaitanista-, que el discurso gaitanista se inscribe en la misma simbólica y los mismos códigos imaginarios del partido liberal: "Transportó sus implicaciones imaginarias hasta sus últimas consecuencias: instalado en los libretos imaginarios llevo hasta el paroxismo la sacralización, condujo hasta el límite el enfrentamiento insuperable y arrastró hasta el éxtasis la reclusión del pueblo en los torrentes de la sangre y de la tierra" (p.184).

En términos metodológicos, el libro presenta una propuestas de análisis muy sugerente: *una analítica del discurso* entendida como *un intercambio social de sentido* (p. 20) construida en dos dimensiones: el discurso y lo imaginario. Para el análisis discursivo identifica tres estratos: a) ejes discursivos, b) series y c) sentido, donde los ejes son los temas recurrentes, las series las que otorgan cuerpo y contenido a su significación -a través de significantes principales y secundarios- y, finalmente, el sentido construido o, más bien, tejido a partir de los contextos de significación, tanto de

los significantes principales como de los secundarios.

Lo imaginario, definido como 'una sedimentación simbólica de la experiencia colectiva' da cuenta, por su parte, de los *lugares de producción del sentido*. Analíticamente se construye a través de los diversos sentidos derivados de las series, de los nexos y sus implicaciones que establecen, a su vez, las matrices del discurso. Es, pues, la imbricación de los sentidos puestos en juego en la reconstrucción discursiva. En su estructura de análisis, a cada eje discursivo corresponde un código imaginario. Es una propuesta que si bien deberá ser puesta a prueba nuevamente en su capacidad explicativa en otras investigaciones resulta una herramienta útil para delinear nuevos (y urgentes) esquemas interpretativos sobre la violencia.

Es bastante acertado el uso de la prensa como fuente privilegiada de análisis en una época donde, efectivamente, "La vida política discurría en sus páginas, palmo a palmo, evento tras evento" (p.26). De hecho, las ilustraciones de los diarios capitalinos que acompañan el texto son bastante bien logradas. El mérito no se agota, sin embargo, en el acierto de la fuente. También, y sobre todo, en el manejo que se hace de la misma: el valerse de los titulares de los diarios para nombrar los capítulos es un excelente recurso que muestra la agudeza y la sensibilidad del autor expresadas en una enorme complicidad con el lenguaje y la palabra. Le da, adicionalmente,

consistencia al análisis y muestra hasta donde la prensa es una fuente fecunda para el análisis de muchos fenómenos sociales. Quizá solo se trate de saber interrogarla.

Las preguntas sobre la violencia de hoy que, por supuesto, el libro no resuelve pero sugiere, como la de la persistencia de la *violencia* en el país, o la eventual permanencia del mismo gesto cultural del enfrentamiento revestido de nuevos epítetos, o la imposibilidad colombiana para exorcizar la violencia, -a través del discurso y el rito políticos-, están ahí planteadas y, en esa medida, son caminos abiertos

para la exploración de nuevas vías de análisis.

Finalmente, por las múltiples reflexiones que el libro sugiere, pienso que ha logrado poner en circulación una palabra que debe conducir las reflexiones sobre la violencia actual hacia la búsqueda del que parece ser el único camino posible: *una resimbolización* de la *muerte* en el país. Lo que no es otra cosa que la construcción de nuevos *capitales simbólicos*, de nuevos referentes culturales que permitan exorcizar esa omnipresente violencia convertida, hasta hoy, en fundamento del orden social y político.

Elsa Blair Trujillo

Investigadora, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia